

¿QUIÉN ES EL RICO QUE SE SALVA?

(Escrito alrededor del año 203)

San Clemente de Alejandría

INTRODUCCIÓN

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA

Tito Flavio Clemente nació hacia el año 150, de padres paganos. Parece que su ciudad natal fue Atenas y que allí recibió su primera enseñanza. Nada sabemos de la fecha, ocasión y motivos de su conversión. Una vez cristiano, viajó extensamente por el sur de Italia, Siria y Palestina. Su propósito era recibir instrucción de los maestros cristianos más renombrados. Dice él mismo que tuvo «el privilegio de escuchar a varones bienaventurados y verdaderamente importantes» (Strom. 1,1,11). Pero el acontecimiento de su vida que más influyó en su carrera científica fue el haber llegado, al final de sus viajes, a Alejandría. Las clases de Panteno le atrajeron de tal suerte que fijó su residencia en aquella ciudad, que en adelante fue su segunda patria. De Panteno, su maestro, dice lo siguiente:

Quando di con el último (de mis maestros), el primero en realidad por su valor, a quien descubrí en Egipto, encontré reposo. Verdadera abeja de Sicilia, recogía el néctar de las flores que esmaltan el campo de los profetas y los apóstoles, engendrando en el alma de sus oyentes una ciencia inmortal (Strom. 1,1,11).

Vino a ser discípulo, socio y asistente de Panteno y, finalmente, le sucedió como director de la escuela de catecúmenos. No es posible señalar exactamente la fecha en que heredó el cargo de su maestro; probablemente hacia el año 200. Dos o tres años más tarde, la persecución de Septimio Severo le obligó a abandonar Egipto. Se refugió en Capadocia con su discípulo Alejandro, que sería más tarde obispo de Jerusalén. Murió poco antes del 215, sin haber podido volver a Egipto.

SUS ESCRITOS

Aunque sabemos muy poco de la vida de Clemente, podemos obtener un vivo retrato de su personalidad a través de sus escritos. Revelan éstos la mano de un gran maestro. En ellos, además, la doctrina cristiana se enfrenta por primera vez con las ideas y realizaciones de la época. Por esta razón, Clemente se merece el título de «pionero» de la ciencia eclesiástica. Su obra literaria demuestra que fue hombre de vasta erudición, que poseía la filosofía, la poesía, la arqueología, la mitología y la literatura. No siempre recurría a las obras originales, sino que se servía a menudo de antologías y florilegios. Sin embargo, tenía un conocimiento completo de la literatura cristiana primitiva, tanto de la Biblia como de todas las obras post apostólicas y heréticas. Cita 1.500 veces el Antiguo Testamento y 2.000 el Nuevo. También conoce bastante bien a los clásicos, a los que cita no menos de 360 veces.

Clemente se daba perfecta cuenta de que la Iglesia tenía que enfrentarse necesariamente con la

filosofía y la literatura paganas si quería cumplir sus deberes para con la humanidad y estar a la altura de su misión de educadora de las naciones. Su formación helenística le capacitó para hacer de la fe cristiana un sistema de pensamiento con base científica. Si el pensamiento y la investigación de tipo científico tienen hoy derecho de ciudadanía en la Iglesia, se lo debemos principalmente a él. Demostró que la fe y la filosofía, el Evangelio y el saber profano no se oponen, sino que se completan mutuamente. Toda ciencia humana sirve a la teología. El cristianismo es la corona y la gloria de todas las verdades contenidas en las diferentes doctrinas filosóficas.

¿Quién es el rico que se salva?

El opúsculo ¿Quién es el rico que se salva? es una homilía sobre Marcos 10,17-31. No parece, sin embargo, que sea un sermón realmente pronunciado en una función religiosa pública. En él se ve cómo resolvía Clemente las dificultades de sus oyentes a propósito de una interpretación demasiado literal de los preceptos evangélicos. El Pedagogo deja entrever que Clemente tenía entre sus oyentes gente acomodada. Esta homilía da a entender lo mismo. Clemente opina que el precepto del Señor: «Vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres», no quiere decir que la riqueza por sí sola excluye a uno del reino de los cielos. Para salvarse no es necesario desprenderse de todo lo que uno posee. Clemente interpreta las palabras del Señor como una exhortación a mantener el corazón alejado de todo deseo de dinero y libre de todo apego desordenado al mismo. Si todos los cristianos renunciaran a sus propiedades, no habría quien socorriera a los pobres. Lo que importa es la actitud del alma, no el hecho de que uno sea menesteroso o pudiente. Debemos desprendernos de la pasión, no de las riquezas. No son éstas, sino el pecado, el que excluye a uno del reino de los cielos. Al final, Clemente cuenta la leyenda del apóstol Juan y del joven que cayó en manos de ladrones, para probar que incluso los mayores pecadores pueden salvarse si hacen verdadera penitencia.

Fuente:
Prof. Johannes Quasten
Patrología I
Págs. 320-331



¿QUIÉN ES EL RICO QUE SE SALVA?

I. 1. Los que ofrecen discursos elogiosos a los ricos, no solo me parece que deben ser justamente juzgados como aduladores e indignos, ya que frecuentemente simulan reconocer lo que no merece ser reconocido, sino también como impíos e insidiosos.

2. Impíos, ciertamente, porque debiendo alabar y glorificar a Dios, que es el único perfecto y bueno (cf. Mt 5,48; 10,17; Mc 10,18; Lc 18,19), del cual proviene) todas las cosas y por medio del cual existe todo y al cual se dirige todo (cf. Rm 11,36), atribuyen lo admirable y el honor a hombres que se agitan en una vida desenfadada y efímera, siendo lo primero sometido al juicio de Dios.

3. E insidiosos también, porque aunque por sí misma la riqueza alcanza para llenar de vanidad las almas de quienes las poseen, para corromperlas y desviarlas del camino (cf. Hch 9,2; 22,4), por medio del cual es posible obtener la salvación; pero esos aturden las mentes de los ricos excitándolas con los placeres de las alabanzas desmedidas, y procurando que de una vez para siempre desprecien todas las cosas, excepto la riqueza, por la cual son admirados. Según el proverbio, añaden leña al fuego, acumulan infortunio sobre infortunio (cf. Platón, Leyes, II,666 A), acrecientan carga a la riqueza, cargan un peso a otro de naturaleza más grave, cuando sería mejor quitar y recortar, como si se tratara de una enfermedad peligrosa y que trae la muerte. Porque al que se exalta y engrandece, le sigue el cambio correspondiente: la humillación (cf. Mt 23,12; Lc 14,11; 18,14; Ez 21,26 LXX) y la caída (cf. Mt 7,27), como lo enseña la palabra divina.

4. Pero a mí me parece que el ayudar a los ricos a conquistar el bien y procurarles la salvación por todos los medios posibles, es mucho más humano que el que estén al servicio de la impiedad y alabarlos para su mal; por una parte, suplicándolo a Dios, que da esas cosas de manera segura y de buena gana a sus hijos; y en segundo lugar, cuando sus almas por medio de la gracia del Salvador, iluminándolas y conduciéndolas hacia la posesión de la verdad, y solo el que la alcance y se muestre espléndido con buenas obras logrará el premio de la vida eterna (cf. 1 Co 9,24; Flp 3,14).

5. Pero también es necesaria la oración de un alma fuerte y que persevere hasta el último día que ha de durar nuestra vida, y la conducta de una disposición buena y estable (cf. Flp 3,13), y que ha de extenderse a todos los mandamientos del Salvador.

II. 1. Pero quizás no hay simplemente una causa sino varias, por las que parece que es más difícil la salvación de los hombres ricos que la de los pobres.

2. Porque algunos al escuchar sin más y temerariamente la palabra del Salvador, sobre que un camello pasa más fácilmente por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos (cf. Mt 19,22; Mc 10,25; Lc 18,25), desesperando de sí mismos, como si no les fuera posible ser salvados, se entregan totalmente al mundo, y permaneciendo atados a la vida de aquí abajo como si fuera la única que les queda, se apartan más allá del camino que conduce a la otra vida, sin ocuparse de muchas cosas, ni de qué ricos habla el Señor y Maestro, ni de qué manera lo que es imposible para los hombres puede ser posible para Dios (cf. Mc 10,27).

3. Otros, en cambio, entienden eso correcta y convenientemente, pero sin preocuparse de las obras que conducen a la salvación, no se preparan con las debidas disposiciones para alcanzar lo que esperan.

4. Pero yo digo estas cosas a toda clase de ricos que perciben el poder del Salvador y la salvación manifiesta; en cambio, de los no iniciados en la verdad, poco me importa.

III. 1. Así, por tanto, es necesario que los que muestran que aman la verdad y aman a los hermanos, y no son estimulados arrogantemente por los ricos que han sido llamados (cf. 1 Co 1,2) a la fe, ni tampoco se echan a sus pies por propia ganancia, en primer lugar conviene que les quiten con la palabra la vacía desesperación y les muestren con la adecuada explicación de los oráculos del Señor, por qué no se les excluye absolutamente de la herencia (cf. Mc 10,17) del reino de los cielos, si obedecen los mandamientos.

2. Cuando hayan aprendido cómo tienen un temor imprudente y que si ellos quieren, el Salvador los recibe con alegría, entonces también habrá que instruirles e iniciarlos, para que piensen también por medio de qué obras y disposiciones se obtiene la esperanza, ya que no se establece en ellos sin esfuerzo ni, por otra parte, sobreviene al azar.

3. No obstante, lo mismo que sucede entre los atletas (cf. 1 Co 9,24-27), para que comparemos lo pequeño y lo perecedero con lo grande e inmortal, así también el que es rico según el mundo, debe reflexionar sobre lo que le atañe

4. Porque también entre los atletas, quien desespera de poder vencer y alcanzar la corona, ni siquiera se inscribe en el certamen; pero el que alimenta en su mente esa esperanza, pero no acepta

también las fatigas, los ejercicios y el régimen de comidas, se queda sin corona y fracasa en sus esperanzas.

5. De igual manera, quien abraza las cosas de la tierra, no debe excluirse a sí mismo desde el inicio, de las recompensas prometidas por el Salvador, si es creyente y ve la magnificencia del amor a los hombres de Dios; pero, si no se ejercita y lucha con fatiga y sudor, tampoco debe esperar conseguir la corona de la inmortalidad (cf. 1 Co 9,25).

6. Por el contrario, debe someterse él mismo al entrenador que es el Verbo, al director del certamen, a Cristo. Y para su comida y bebida le darán el Nuevo Testamento del Señor (cf. Lc 22,20; 1 Co 11,25); los ejercicios serán los mandamientos; la buena forma y adorno, las buenas disposiciones: caridad, fe, esperanza (cf. 1 Co 13,13), conocimiento de la verdad, moderación, mansedumbre, misericordia y modestia, para que, cuando la última trompeta (cf. 1 Co 15,52) dé la señal de la carrera y de la salida de este mundo, como del estadio de esta vida, se presente vencedor con buena conciencia ante el presidente de los juegos, reconociéndose digno de la patria de arriba, hacia la que sube en medio de coronas y aclamaciones de los ángeles.

IV. 1. Así, entonces, el Salvador nos conceda ahora a los que comenzamos el discurso, suministrar la verdad, lo conveniente y saludable a nuestros hermanos, en primer lugar, por lo que respecta a la esperanza misma, y, en segundo lugar, para la consecución de la esperanza.

2. Y Él da la gracia a los que están necesitados, enseña a los que lo piden, destruye la ignorancia y expulsa la desesperación, introduciendo de nuevo los mismos discursos sobre los ricos, haciéndoles intérpretes de los mismos y exégetas seguros.

3. Puesto que nada hay como oír de nuevo las palabras mismas, que precisamente hasta ahora nos han turbado profundamente en los evangelios, por haberlas escuchado de manera infantil, sin examen y equivocadamente.

4. *Y saliendo por el camino, uno se acercó y se arrodilló, diciendo:*

5. *«Maestro bueno, ¿qué bien haré para heredar la vida eterna?». Y Jesús le dijo: «¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno sino uno, es decir, Dios. Conoces los mandamientos». No cometas adulterio, no mates, no robes, no des falso testimonio, no defraudes, honra a tu padre y a tu madre.*

6. *Y él, respondiendo, le dijo: «Todo esto he guardado». Jesús, mirándolo, lo amó y le dijo:*

«Una cosa te falta. Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme».

7. Y se entristeció al oír estas palabras y se fue triste, porque era rico y tenía muchas posesiones.

8. Jesús, mirando a su alrededor, dijo a sus discípulos: «¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!».

9. Los discípulos se asombraron de sus palabras. Pero Jesús les respondió de nuevo: «Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios a los que confían en las riquezas! Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico en el reino de Dios». Y se asombraron enormemente, y dijeron: «¿Quién, pues, podrá salvarse?». Y Él, mirándolos, dijo: «Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios. Porque para Dios todo es posible».

10. Pedro comenzó a decirle: «He aquí, lo hemos dejado todo y te hemos seguido». Y Jesús respondió: «De cierto os digo que quien deje lo suyo, padres, hermanos y bienes, por mí y por el Evangelio, recibirá cien veces más ahora en este mundo: tierras, bienes, casa y hermanos, con persecuciones; y en el mundo venidero, la vida eterna. Pero muchos primeros serán últimos, y los últimos, primeros» (Mc 10,17-31).

V. 1. Estas cosas están escritas en el evangelio según Marcos; y también en todos los otros evangelios reconocidos (cf. Mt 19,16-30; Lc 18,18-30), con pocos cambios en cada una de las expresiones, pero todas muestran la misma concordancia en el espíritu.

2. Pero es necesario saber que el Salvador claramente no enseña al estilo humano, sino que enseña a los suyos con divina y misteriosa sabiduría, para que no oigamos esas palabras de manera literal, sino para descubrir y aprender con la conveniente investigación e inteligencia su sentido oculto.

3. Porque también aquellas manifestaciones enigmáticas tuyas, que al parecer fueron explicadas por el Señor a sus discípulos, se ve ahora que para ser descubiertas necesitan de un examen en nada inferior, sino mayor también ahora, amplificado por el exceso de sabiduría en ellas.

4. Pero, también, puesto que lo que parece que Él ofreció a los suyos y a los que por Él llamó hijos del reino (cf. Mt 8,12; 13,38), necesita aún de mayor cuidado, en realidad quizá porque parece que lo expuso sencillamente, y por eso mismo no provocó explicación alguna de los oyentes,

puesto que llevaba hacia el fin total de la salvación, y ha de examinarse con la profundidad admirable y supra celestial de la inteligencia, y no es conveniente aceptarla superficialmente con los oídos, sino llevando la mente hasta el espíritu mismo del Salvador y a lo secreto del pensamiento.

VI. 1. Porque ciertamente nuestro Señor y Salvador, es interrogado de buena gana con una pregunta correspondiente a Él: la Vida (cf. Jn 1,4; 14,6) sobre la vida, el Salvador sobre la salvación, el Maestro referente a lo principal de sus enseñanzas de las doctrinas, la Verdad (cf. Jn 14,6) sobre la verdadera inmortalidad, el Verbo (cf. Jn 1,1) sobre la palabra del Padre, el Perfecto (cf. Mt 5,48) sobre el perfecto descanso, el Incorruptible sobre la auténtica incorruptibilidad.

2. Es interrogado sobre aquellas cosas por las cuales también había bajado al mundo, las que educa, las que enseña, las que procura, para manifestar el principio del Evangelio, que es el don de la vida eterna.

3. Como Dios (cf. Rm 3,5), sabe de antemano también lo que se le iba a preguntar, y lo que cada uno le respondería. Porque, ¿quién conocería eso mejor que el que era Profeta (cf. Dt 18,15-19) de los profetas y Señor de todo espíritu profético?

4. Pero siendo llamado bueno (cf. Mc 10,18), partiendo del prelude de esa misma expresión, también por ahí comienza su enseñanza, llevando al discípulo al Dios bueno, principal y único dispensador de la vida eterna que el Hijo nos da, una vez recibida del Padre (cf. Jn 5,26; 17,2).

VII. 1. Por consiguiente, la mayor y más importante de las enseñanzas respecto a la vida, es necesario establecerla inmediatamente en el alma desde el principio: conocer al Dios (cf. Jn 17,3) eterno y dador de bienes eternos, al primero, al más poderoso, al único y buen Dios (cf. Mc 10,18). Al que es posible poseer mediante el conocimiento y la comprensión.

2. En efecto, este es el principio inmovible y firme y el fundamento de la vida, el conocimiento del Dios que realmente es y nos regala lo que existe, es decir, las cosas eternas, y de quien los otros seres reciben el ser y el permanecer en la existencia.

3. Porque ciertamente la ignorancia sobre Dios es muerte, pero el conocimiento de Él, la familiaridad, el amor y la semejanza con Él, es la única vida.

VIII. 1. Así, ese conocimiento en primer lugar exhorta a quien desea vivir la verdadera vida

(cf. 1 Tm 6,19) a reconocer a Aquél a quien *nadie conoce sino el Hijo y a quien el Hijo se lo revelar* (Mt 11,27); después de eso, aprender la grandeza del Salvador y la novedad de la gracia con Aquél, puesto que, según el Apóstol, *la ley fue dada por Moisés, y la gracia y la verdad por medio de Jesucristo* (Jn 1,17);¹ y no es lo mismo lo que se dio por medio de un siervo fiel, que lo regalado por el Hijo legítimo (cf. Hb 3,5-6).

2. Por tanto, si la ley de Moisés era capaz de procurar una vida eterna, en vano hubiera venido el Salvador mismo al mundo (cf. Ga 2,21) y hubiera padecido por nosotros, recorriendo la naturaleza humana desde su nacimiento hasta la cruz (cf. Flp 2,8), y quien *desde su juventud* (Mc 10,20) había cumplido todos los mandamientos de la ley, en vano se hubiera postrado ante otro pidiéndole la inmortalidad.

3. Porque no solo cumplió la ley, sino que también la comenzó a cumplir desde su primera edad; por otro lado, además, ¿qué tiene de grande y resplandeciente que una ancianidad esté privada de ofensas, de concupiscencias que se producen en la juventud: la ira que se agita o el deseo de riquezas? Pero si uno en la juventud turbulenta y en el ardor de la edad ofrece un pensamiento maduro y más anciano que la edad, ese es un luchador admirable y magnífico, y canoso respecto al entendimiento.

4. Sin embargo, este aun siendo así, está rigurosamente convencido de que en cuanto a justicia nada le falta, pero en cuanto a vida tiene necesidad de todo; por eso la pide al único que tiene poder para darla; y respecto de la ley tiene confianza, pero suplica al Hijo de Dios.

5. *Pasa de la fe hacia la fe* (Rm 1,17); como quien fluctúa vacilante en la ley, y navegando peligrosamente se lanza hacia el Salvador.

IX. 1. Jesús, por tanto, no le reprende, como a quien no ha cumplido todo lo referente a la ley, sino que también lo ama (cf. Mc 10,21) y lo recibe con cariño, por haber seguido con docilidad lo que había aprendido; pero dice que es imperfecto en cuanto a la vida eterna, pues no había cumplido lo perfecto; y ciertamente era trabajador de la ley, pero inútil respecto de la vida verdadera.

2. Esas cosas, en verdad, son buenas. ¿Quién lo niega? Porque *el mandamiento es santo* (Rm 7:12) en cuanto a una especie de entrenamiento con temor y disciplina preparatoria, que conduce

1 Posible confusión sobre el Apóstol, ya que ese nombre se suele reservar a san Pablo.

a la culminación de la legislación y a la gracia (cf. Ga 3:24). Pero Cristo es el cumplimiento de la ley para justicia a todo aquel que cree; y no como un esclavo que hace esclavos, sino como hijos, hermanos y coherederos que hacen la voluntad del Padre.

X. 1. *Si quieres ser perfecto* (Mt 19,21). Así, entonces, todavía no era perfecto, puesto que nada hay más perfecto que el Perfecto. Y de manera divina el *si quieres* puso de manifiesto la libertad del alma del que dialogaba con Él. En el hombre, por tanto, estaba la elección, como libre que era; pero en Dios estaba la dádiva, como Señor.

2. Pero Dios da a los que desean, se esfuerzan y piden, para que así la salvación sea propia de ellos. Porque Dios no obliga, puesto que la violencia es contraria a Dios, sino que procura a los que buscan, suministra a los que piden y abre a los que llaman (cf. Mt 7,7; Lc 11,9).

3. Por tanto, si quieres, si realmente quieres y no te engañas a ti mismo, adquiere lo que te falta. *Una cosa te falta* (Mc 10,21; Lc 18,22), la única, la verdadera, la buena, la que está ya por encima de la ley, ni da la ley, ni abarca la ley, y que es propia de los vivientes.

4. Sin duda, el que *desde la juventud* (Mc 10,20) había cumplido todo lo referente a la ley y se jactaba de ello, no pudo añadir esa sola cosa a todo lo demás, lo que es propio del Salvador, para recibir la vida eterna que deseaba; por el contrario, se fue triste (cf. Mc 10,22), afligido por el mandato de la vida que había venido a solicitar.

5. Pues no deseaba verdaderamente la vida, como afirmaba, sino que aspiraba a la mera reputación de la buena elección. Era capaz de ocuparse de muchas cosas; pero la única, la obra de la vida, era impotente, reacio e incapaz de llevarla a cabo.

6. Así también le dijo el Señor a Marta, quien estaba ocupada con muchas cosas, distraída y preocupada por el servicio; mientras que ella culpaba a su hermana porque, dejando el servicio, se puso a sus pies, dedicando su tiempo al aprendizaje: «*Estáis atribulada por muchas cosas, pero María ha escogido la buena parte, que no le será arrebatada*» (Lc 10,41-42).

7. Así también le ordenó que dejara su vida ocupada y se uniera y se adhiriera a la gracia de Aquel que ofrecía la vida eterna.

XI. 1. Ahora bien, ¿qué es lo que le empujaba a la fuga y lo hacía desertar del Maestro, de la súplica, de la esperanza, de la vida y de los trabajos realizados? *Vende todo lo que tienes* (Mt 19,21;

cf. Mc 10,21).

2. ¿Y qué significa esto? No lo que algunos admiten a la ligera: el Señor no manda desechar nuestra hacienda y apartarnos de las riquezas, sino expulsar del alma las ideas sobre las riquezas, la simpatía hacia ellas, la excesiva codicia, la apetencia y locura por ellas, las solicitudes y las espinas de la vida, que ahogan la semilla de la vida (cf. Mt 13,22; Mc 4,19; Lc 8,14).

3. Porque no es cosa grande ni objeto de admiración el carecer sin motivo de las riquezas, a no ser por causa de la vida eterna —puesto que si fuera así, los que no tienen absolutamente nada, sino que están privados y necesitados de lo cotidiano, como los menesterosos tendidos junto a los caminos, *que no conocen a Dios ni la justicia de Dios* (Rm 10,3), por ese mismo hecho de estar en extrema necesidad, de carecer de todo medio de vida y de andar escasos de lo más esencial, serían los más felices, los más amados por Dios y los únicos que poseerían la vida eterna—,

4. y no sería ninguna novedad renunciar a la riqueza y dársela a los pobres o a la patria, lo cual hicieron muchos antes del descenso del Salvador; unos por la dedicación al estudio o a una sabiduría muerta; otros, por una reputación vacía y por vanagloria, como los Anaxágoras, Demócrito y Crates.

XII. 1. ¿Qué es, por tanto, lo que anuncia el Señor como nuevo, propio de Dios y lo único que vivifica, que no salvó a los antepasados? Y si la *nueva creación* (Col 1,15; 2 Co 5,17; Ga 6,15), el Hijo de Dios, revela y enseña lo extraordinario, no lo aparente, no lo que otros ya han realizado, sino algo distinto de lo significado a través de ello, algo más grande, más divino y perfecto: el desnudar el alma misma y su disposición de las pasiones ocultas que en ella subyacen y arrancar de raíz y arrojar lejos las cosas ajenas a la razón. Porque este es el aprendizaje propio del creyente, la enseñanza digna del Salvador.

2. Porque los antepasados, despreciando las cosas externas, abandonaron y perdieron las riquezas, pero me parece que también aumentaron las pasiones de sus almas; así, vinieron a dar en soberbia, petulancia, vanagloria y menosprecio de los demás hombres, como si hubieran hecho algo sobrehumano.

3. Así, entonces, ¿cómo el Salvador podía recomendar, a quienes han de vivir para siempre, lo que daña y destruye la vida que promete?

4. Porque también además sucede esto: es posible que alguno, después de deshacerse de su

propiedad, aun así mantenga la codicia y el apetito de las riquezas arraigados y vivos en su alma; y puede haber arrojado lejos su hacienda, pero, al carecer y desear lo mismo que abandonó, será doblemente atormentado, tanto por la ausencia de la ayuda como por la compañía del arrepentimiento.

5. Porque es quimérico e incomprensible, que quien carece de lo indispensable para vivir, no se abata en su mente y trate de ocuparse de lo más importante, mientras intenta hacerse con aquello de cualquier modo y por donde sea.

XIII. 1. ¿Y no es más útil lo contrario, poseer lo suficiente, no angustiarse respecto a la hacienda, y socorrer a los que convenga? Pues, si nadie tiene nada, ¿qué comunión de bienes podría darse entre los hombres?

2. ¿Cómo no se encontrarían estas enseñanzas, claramente opuestas y contrarias a todas las demás hermosas enseñanzas del Señor?

3. *Háganse amigos con las riquezas injustas, para que, cuando falten, los reciban en las moradas eternas (Lc 16,9). Amontonen tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la herrumbre hacen desaparecer, y donde los ladrones no socavan (Mt 6,20).*

4. ¿Cómo podría alguien dar de comer a un hambriento, de beber a un sediento, vestir al desnudo y recibir al sin techo (cf. Mt 25,35-43), y a los que no hacen esas cosas les amenaza fuego y tiniebla exterior (cf. Mt 8,12; Lc 13,28), si cada uno estuviera privado de todas esas últimas cosas?

5. Pero ciertamente el mismo Jesús fue hospedado por Zaqueo (cf. Lc 19,2-10), Leví (cf. Mc 2,14-15; Lc 5,27-29) y Mateo (cf. Mt 9,9-10), ricos y publicanos, y no les manda que se desprendan de las riquezas, sino que, después de establecer una posesión justa y de rechazar la injusta, anuncia: *Hoy ha llegado la salvación a esta casa (Lc 19,9; cf. Hch 16,31-34).*

6. Así alaba el uso de las posesiones; de modo que también con esta añadidura, prescribe la comunión de bienes: dar de beber al sediento, dar pan al hambriento, dar hospitalidad al que no tiene techo y vestir al desnudo (cf. Mt 25,35-46; Is 58,7).

7. Pero si no es posible colmar estas necesidades sin riquezas y manda desprenderse de ellas, ¿qué otra cosa haría el Señor si no mandar que se dé y no se dé, alimentar y no alimentar, hospedar y dejar en la calle, tener comunión de bienes y no tenerla? Esto sería lo más absurdo de todo.

XIV. 1. En efecto, no hay que desechar las riquezas que aprovechan también a los vecinos. Son en realidad propiedades porque son adquiridas, y riquezas porque en verdad son útiles y han sido dispuestas por Dios para utilidad de los hombres; son cosas que están al alcance nuestro y están destinadas, como una determinada materia o instrumento, para buena utilidad de quienes saben.

2. El instrumento, si se usa con técnica, es provechoso; si tú careces de arte, el instrumento se aprovecha tu torpeza, sin ser culpable.

3. Así también la riqueza es un instrumento. Se la puede usar justamente y para servir a la justicia; quien la utiliza de manera injusta, a su vez se descubre como un servidor de injusticia, puesto que la riqueza por su naturaleza es para servir, no para mandar.

4. No hay, por tanto, que responsabilizarla de lo que de suyo no tiene, ni bueno ni malo: no es causante, sino que hay que responsabilizar a quien puede usar bien o mal de ella, conforme a la elección que realice, según esa elección es responsable. Y esto es propio de la mente humana, que tiene en sí misma un criterio libre y la propia libertad de administrar lo que se le regala.

5. En vista de lo cual, no hay que destruir las riquezas, sino más bien las pasiones del alma, que no permiten que las riquezas sean mejor utilizadas, para terminar siendo un hombre bueno y verdaderamente noble, que pueda usar esas riquezas correctamente.

6. Así, renunciar a todo lo que se posee y el vender todo lo que se tiene, hay que entenderlo como referido a las pasiones del alma.

XV. 1. Por cierto, yo podría decir esto: puesto que las cosas del alma unas son internas y otras externas, y si el alma las usa convenientemente, las cosas parecen también buenas, pero si las usa mal, parecen malas. ¿Acaso el que nos ordena enajenar nuestras posesiones, repudia aquellas cosas tras cuya eliminación persisten las pasiones, o más bien aquellas, tras cuya eliminación, la riqueza se vuelve incluso beneficiosa?

2. Ciertamente, el que desecha la opulencia mundana puede también ser rico en pasiones, aun no estando presente la materia; porque la disposición sigue trabajando en lo suyo y ahoga la razón, la oprime y perturba con sus habituales apetitos; así, entonces, de nada le aprovecha ser pobre de posesiones al que es rico en pasiones.

3. Seguramente no tiró lo que debía rechazar, sino lo indiferente; y mientras se privó de lo que

podía servir, encendió la materia innata de la maldad con la carestía de los bienes externos.

4. Así, por tanto, hay que renunciar a las posesiones nocivas, no a lo que puede ayudar a los demás, si uno conoce el uso debido.

5. Y reporta utilidad lo que se administra con prudencia, templanza y piedad, pero hay que rechazar lo nocivo; ahora bien, los bienes externos no son nocivos.

6. Por consiguiente, el Señor también recomienda el uso de los bienes externos, mandando desprendernos, no de los medios para vivir, sino del mal uso de esos medios; y eso eran las enfermedades y pasiones del alma.

XVI. 1. El que se presenta rico en esas cosas (las enfermedades del alma y las pasiones), ciertamente es mortal para todos, pero si destruye esas cosas es saludable. Es necesario purificar, es decir, dejar pobre y desnuda el alma, y una vez así preparado, conviene que oiga al Salvador, que dice: *Ven y sígueme* (Mc 10,21).

2. Porque Él mismo es camino (cf. Jn 14,6) para el limpio de corazón, pero la gracia de Dios no entra en el alma impura; ahora bien, el alma impura es rica en concupiscencias y gira en torno a muchos deseos y mundanidades.

3. Puesto que, quien posee bienes: oro, plata y casas como dones de Dios, y con ello sirve a Dios, que se lo ha concedido en orden a la salvación de los hombres, y además sabe que posee todo eso más para bien de sus hermanos que de sí mismo, y está muy por encima de lo mismo que posee, ese no es esclavo de lo que posee, ni lleva esas cosas siempre en su alma, ni en ellas confina y circunscribe su propia vida, sino que trabaja continuamente con ahínco en alguna obra hermosa y divina, y si debe privarse de esas posesiones, puede soportar con espíritu sereno también la privación, lo mismo como antes también gozó de la abundancia; este es el que el Señor proclama bienaventurado y llama pobre de espíritu (cf. Mt 5,3), heredero preparado para el reino de los cielos, no el rico que no puede alcanzar la vida.

XVII. 1. Pero el que lleva en el alma la riqueza, y en vez del Espíritu de Dios lleva en el corazón oro o un campo, y hace siempre desproporcionada la riqueza, y en cada momento aspira a tener más, inclinado hacia lo de abajo y encadenado por las redes del mundo, siendo tierra y destinado a ir hacia la tierra (cf. Gn 3,19), ¿cómo es posible que ese hombre desee y se preocupe

del reino de los cielos, cuando no lleva un corazón, sino un campo o un yacimiento, y que forzosamente ha de encontrarse en esas cosas por las que se halla acorralado? *Porque donde está el espíritu del hombre, allí también está su tesoro* (Mt 6,21; Lc 12,34).

2. Pero el Señor conoce dos tesoros: el bueno, puesto que *el hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca lo bueno*, y el malo, porque *el hombre malo de su mal saca lo malo, porque de la abundancia del corazón habla la boca* (Lc 6,45; cf. Mt 12,35. 34).

3. Así como no existe un solo tesoro en Él, tampoco para nosotros; uno, el imprevisto (cf. Mt 13,44), que da al encontrarlo una enorme ganancia, pero también el segundo, funesto, no envidiable, muy desagradable y perjudicial, así también existe una riqueza de cosas buenas y una riqueza de cosas malas, si es verdad que sabemos que la riqueza y el tesoro no son por naturaleza cosas separadas la una de la otra.

4. Y alguna riqueza merece ser poseída y admirada, pero otra no debe ser adquirida y ha de rechazarse; y también del mismo modo la pobreza bienaventurada es la pobreza espiritual.

5. Por ello también Mateo añadió: *Bienaventurados los pobres. ¿Cómo? En espíritu* (Mt 5,3). Y de nuevo: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia de Dios* (Mt 5,6). Por tanto, son desgraciados los pobres opuestos: los que ciertamente están privados de Dios, y más que los privados de la riqueza humana, los que no han gustado de la justicia de Dios.

XVIII. 1. En cuanto a que los ricos difícilmente entrarán en el reino de los cielos (cf. Mc 10,23), hay que escucharlo inteligentemente, no tonta ni rústica ni literalmente, puesto que no fue dicho así. Tampoco la salvación está en las cosas externas. Ni aunque esas cosas sean muchas o pocas, pequeñas o grandes, gloriosas o sin gloria, famosas o sin fama, sino en la virtud del alma, en la fe, esperanza y caridad (cf. 1 Co 13,13), en el amor al prójimo, en el conocimiento, en la humildad, en la sencillez y en la verdad, cuya recompensa es la salvación.

2. Porque nadie alcanzará la salvación eterna mediante la belleza corporal o por lo contrario se perderá; sino ciertamente a la inversa, vivirá el que se sirve, castamente y según Dios, del cuerpo que se le ha dado. En cambio, perecerá el que profane el templo de Dios (cf. 1 Co 3,16-17).

3. También una persona fea puede ser impúdica, y una hermosa ser casta; ni siquiera la fuerza y la estatura del cuerpo confieren la vida, ni la destruye miembro alguno, sino el alma, que se sirve de ellos, es la causa de ambas cosas.

4. Según esto, soporta —se dice—, cuando seas golpeado en el rostro (cf. Lc 6,29; Mt 5,39); y esto puede hacerlo alguno fuerte y robusto, e infringirlo también el que es débil por falta de dominio en el ánimo.

5. De igual manera, el que es pobre y sin medios de vida, puede encontrarse ebrio de concupiscencias, y el que es rico en posesiones puede ser sobrio y pobre de placeres, obediente, prudente, puro y moderado.

6. Por tanto, si lo que tiene que vivir en primer lugar, y principalmente, es el alma, y la que salva es la virtud que nace en ella, pero la maldad es la que mata, entonces aparece claramente, que el alma se salva por ser pobre en las riquezas, por las que uno se corrompe y muere, si es rica en aquello por lo que la riqueza arruina.

7. Y no busquemos en otra parte la causa del fin, fuera de la condición y cualidad del alma respecto a la obediencia a Dios y a la pureza, a causa de la transgresión de los mandamientos y al acopio de maldad.

XIX. 1. Entonces el verdadero y noblemente rico es el rico en virtudes, el que puede servirse de toda circunstancia santa y fielmente; pero es rico bastardo, el que se enriquece según la carne (cf. Rm 8,4) y arrastra la vida en la posesión de los bienes externos, tenencia pasajera y perecedera, que unas veces es de uno y otras de otro, y al final de nadie en absoluto.

2. Por otra parte, hay también un pobre noble y otro espurio y de falso nombre. El primero ciertamente es pobre según el espíritu (cf. Mt 5,8), el auténtico; pero el otro es conforme al mundo, el falso.

3. Precisamente al que es pobre según el mundo y rico según las pasiones, el que no es pobre según el espíritu y rico según Dios, se le dice: *Apártate de lo que posees en el alma, de los bienes ajenos, para que, una vez limpio de corazón, puedas ver a Dios* (cf. Mt 5,8), que también es otra forma de decir que entres en el reino de los cielos (cf. Mc 10,23).

4. ¿Y cómo podrás apartarte de estos bienes? ¡Vendiéndolos! (cf. Mc 10,21). ¿Y qué? ¿Recibirás dinero en vez de bienes? ¿Harás permuta de riqueza por riqueza? ¿Convertirás el dinero en bienes visibles?

5. Ciertamente, no; sino que en lugar de lo que anteriormente existía en tu alma, a la que deseas salvar, hay que introducir otra riqueza que diviniza y es suministradora de vida eterna: las

disposiciones según el mandato de Dios, por las que se te dará recompensa y honor, una salvación perpetua y una incorrupción eterna.

6. De esta manera vendes bien lo que posees, las muchas cosas superfluas y que te cierran los cielos, recibiendo en vez de esas cosas las que pueden salvar. Aquellas que posean los pobres según la carne y que necesitan de ellas; pero tú, recibiendo en su lugar la riqueza espiritual, tendrás en seguida un tesoro en los cielos (cf. Mc 10,21).

XX. 1. Al no entender convenientemente estas cosas, ni cómo él mismo podía ser, a la vez, pobre y rico, tener riquezas y no tenerlas, y usar de las cosas del mundo y no usarlas (cf. 1 Co 7,31), aquel hombre rico y observante de la ley se retiró triste y confundido (cf. Mc 10,22), abandonando la norma de vida que solo él pudo desear, pero no alcanzar, puesto que él mismo hizo imposible para sí lo que era difícil.

2. Porque era difícil no dejarse arrastrar ni deslumbrar el alma por las magnificencias y por las brillantes seducciones, pero no es imposible tampoco alcanzar la salvación, aun en medio de todo eso, si alguien pasa de la riqueza sensible a la inmaterial e instruida por Dios (cf. Jn 6,45; 1 Ts 4,9), y sabe usar bien y propiamente de las cosas indiferentes y de la misma manera dirigirse a la vida eterna.

3. Pero también los discípulos mismos en un primer momento sintieron mucho miedo y quedaron sorprendidos, cuando escuchaban (cf. Mc 10,24. 26). ¿Por qué? ¿Acaso porque también ellos poseían muchas riquezas? Sin embargo, también ellos hacía tiempo que habían abandonado redes, anzuelos y botes de pesca (cf. Mt 4,20), que eran sus únicos bienes. Por tanto, ¿qué temían, al decir: *Quién puede salvarse* (Mc 10,26)?

4. Escucharon bien y claramente, como discípulos de lo que había dicho el Señor en parábolas y comprendieron la profundidad de las palabras.

5. Así, entonces, por causa de la carencia de riquezas, tenían buenas esperanzas respecto de su salvación; pero como eran conscientes de que todavía no se habían despojado perfectamente de las pasiones —puesto que eran discípulos recientes y habían sido reclutados recientemente por el Salvador—, *se quedaron aún más asombrados* (Mc 10,26), y perdieron su propia esperanza como el otro que tenía abundancia de riquezas y estaba excesivamente apegado a la hacienda, que prefirió a la vida eterna.

6. Por tanto, era del todo justo que los discípulos tuvieran miedo, si también el que poseía riquezas y el que estaba preñado de pasiones, de las que también ellos mismos eran ricos, de modo semejante eran excluidos del paraíso, porque la salvación es de las almas sin pasiones y puras.

XXI.1. El Señor responde: *lo que es imposible a los hombres, es posible para Dios* (Mc 10,27). Y de nuevo esta mediación del Señor está llena de una gran sabiduría. Puesto que el hombre por sí mismo no consigue nada, aunque se ejercite y trabaje con empeño para liberarse de las pasiones; pero si se hace manifiesto que la desea ardientemente y pone todo su empeño, con la añadidura del poder de Dios, lo conseguirá.

2. Porque ciertamente Dios colabora con las almas que lo desean, pero si desisten de su propósito, también el espíritu que Dios les da se retira; puesto que salvar a los que rechazan es propio de quien ejerce violencia, pero salvar al que lo acepta es cosa de quien es generoso.

3. Tampoco el reino de Dios es de los perezosos y de los indolentes, sino que *los esforzados lo conquistan* (Mt 11,12). Porque la única violencia buena es obligar a Dios y arrebatarle a Dios la vida; y Él, al conocer a los que se esfuerzan, pero sobre todo a los que se le enfrentan con seguridad, se retira para atrás, puesto que Dios se alegra de ser inferior en esas cosas.

4. Por consiguiente, al oír esas cosas el bienaventurado Pedro, el elegido, el eximio, el principal de los discípulos, por quien el Señor pagó, solo por él y por sí mismo, el tributo (cf. Mt 17,27), en seguida se apoderó y comprendió el discurso.

5. ¿Y qué dice? *Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido* (Mc 10,28). La expresión *todo*, si se refiere a lo que él mismo poseía, quizá cuatro céntimos, engrandece lo que ha abandonado y, sin darse cuenta, estaría mostrando una equivalencia del reino de los cielos.

6. Pero si, como ahora precisamente decimos, se deponen las antiguas riquezas mentales y las enfermedades espirituales, para ir tras las huellas del Maestro, todo eso ya sería unirse a los inscritos en los cielos (cf. Lc 10,20; Hb 12,23).

7. Puesto que seguir realmente al Salvador es aspirar a no tener pecado e imitar su perfección (cf. Mt 9,9; 10,38; 12,15; 1 Co 11,1; 1 Ts 1,6), y, acicalándose como delante de un espejo (cf. 1 Co 13,12), adornar y disponer ordenadamente el alma y acomodar igualmente todo en todo.

XXII. 1. *Jesús respondió: “En verdad les digo que quien dejare sus casas y a sus padres,*

hermanos y riquezas por mi causa y por causa del Evangelio, recibirá cien veces más” (Mc 10,29-30).

2. Pero ni esto ha de turbarnos, ni tampoco lo que sea más duro que eso, puesto que está expresado con palabras en otro lugar: *El que no odia a su padre, a su madre y a sus hijos, y aún también a la propia vida, no puede ser mi discípulo* (Lc 14,26).

3. Porque no propone odio ni separación de los seres queridos el Dios de la paz (cf. Rm 15,33), puesto que exhorta a amar a los enemigos (cf. Mt 5,44; Lc 6,27. 35).

4. Pero si hay que amar a los enemigos, de forma análoga hay que hacerlo también con aquellos familiares por la sangre. O si hay que odiar a los familiares por la sangre, el razonamiento descendente enseña que habrá que proponer el odio mucho más a los enemigos, de modo que los razonamientos contradiciéndose se destruirían unos a otros.

5. Pero no se destruyen ni de cerca, porque por el mismo espíritu, disposición y con la misma medida odiará al padre y amará al enemigo quien no rechaza al enemigo ni respeta al padre más que a Cristo.

6. Porque ciertamente, en aquel pasaje destruye el odio y el mal obrar, y en este otro el apego a los familiares, si nos perjudicaran respecto a la salvación.

7. Por tanto, si alguien tuviera un padre, un hijo o un hermano ateo y deviniera un obstáculo para la fe y un impedimento para la vida de arriba, con ese no debería reunirse ni ser del mismo parecer, sino que debería desligar el parentesco carnal mediante la enemistad espiritual.

XXIII. 1. Piensa en un pleito difícil. Imagina que se presenta tu padre para decir: «Yo te engendré y te alimenté, sígueme, acompáñame en la maldad y no obedezcas la ley de Cristo», y cuanto pudiera decir un hombre blasfemo y muerto en la naturaleza espiritual.

2. Pero por otro lado, escucha al Salvador: «Yo te engendré de nuevo (cf. 1 P 1,3), después que el mundo te engendrara de mala manera para la muerte; yo te liberaré (cf. Jn 8,36; Rm 8,2), te sané y te redimí (cf. Tt 2,14); yo te daré una vida sin fin, eterna, sobrenatural (cf. Jn 10,28); yo te mostraré el rostro de Dios, Padre bueno (cf. Mc 10,18); no llames a nadie padre tuyo sobre la tierra (cf. Mt 23,9); los muertos que entierren a sus muertos, pero tú sígueme (cf. Mt 8,22; Lc 9,60).

3. «Porque yo te llevaré al descanso (cf. Mt 11,28-29) de bienes desconocidos e inefables, que *ni ojo vio, ni oído oyó, ni corazón humano alcanzó* (1 Co 2,9), sobre los que desean inclinarse para

mirar los ángeles (cf. 1 P 1,12), como para ver también los bienes que Dios preparó a los santos e hijos suyos que le aman (cf. 1 Co 2,9).

4. «Yo soy tu padre nutricio, que me doy a mí mismo como alimento (cf. Jn 6,50-51), nadie que guste de este alimento tendrá jamás experiencia de la muerte (cf. Jn 6,58), y te daré cada día una bebida de inmortalidad (cf. Jn 6,54); yo soy maestro de enseñanzas superiores al cielo; por ti luché hasta la muerte, y pagué la muerte que tú debías por tus pecados pasados y tu infidelidad hacia Dios (cf. Col 2,14)».

5. Oídos estos discursos de una y otra parte, juzga sobre ti mismo y da la sentencia sobre tu propia salvación; y si un hermano, hijo, mujer o quien fuere hablare de esa manera, por delante de todos está en ti Cristo, que será vencedor, puesto que por ti lucha.

XXIV. 1. Se puede también estar por encima de las riquezas. Reflexiona, y Cristo no te aleja de las riquezas; el Señor no es envidioso. Pero, ¿ves cómo tú mismo eres vencido y derribado por ellas? Abandona, rechaza, aborrece, renuncia y huye.

24.2. *Y si tu ojo derecho te escandaliza, arráncatelo inmediatamente* (Mt 5,29; cf. Mc 9,47); es mejor para quien tiene un solo ojo el reino de Dios que no el fuego para quien está intacto (cf. Mt 5,29); aunque se trate de la mano (cf. Mt 5,30), del pie (cf. Mc 9,45) y de la vida (cf. Mc 8,35), ódialos (cf. Lc 14,26). Porque si aquí se pierde por Cristo, se salvará allí (cf. Mc 8,35; Mt 10,39; 16,25; Lc 9,24; 17,33).

XXV. 1. Y semejante a esta idea es lo que sigue: *Tener ahora en este tiempo campos, riquezas, casas y hermanos con persecuciones* (Mc 10,30), ¿para qué?

2. Porque el Señor no llama a la vida a los que no tienen riquezas, ni hogar y tampoco hermanos, sino que también ha llamado a los ricos, pero del modo que antes dijimos, y a hermanos relacionados consigo mismos, como a Pedro con Andrés (cf. Mt 4,18-19), a Santiago con Juan, los hijos de Zebedeo (cf. Mt 4,21-22), pero que tenían el mismo parecer entre ellos y con Cristo.

3. Pero el tener todo esto *con persecuciones* lo rechaza el Señor; hay una persecución que viene de fuera, la de los hombres que maltratan a los creyentes por enemistad, por envidia, por afán de lucro o por acción diabólica.

4. Sin embargo, la persecución más difícil de soportar es la que viene de dentro, movida contra

cada uno por su propia alma, maltratada por deseos impíos y placeres varios, por falsas esperanzas y sueños vacíos, cuando, al tratar de poseer siempre más y furiosa por amores salvajes e inflamada como por agujones o tábanos adheridos a ella, el alma se ensangrienta de pasiones por un loco celo, desesperación de la vida y desprecio de Dios.

5. Esta es la persecución más pesada y difícil, puesto que parte de dentro, siempre presente, y el perseguido no puede huir, puesto que lleva consigo al enemigo por todas partes.

6. Lo mismo que el fuego que se lanza desde fuera produce una prueba (cf. 1 Co 3,13), el de dentro produce la muerte. También una guerra que es externa cesa pronto, pero la originada en el alma dura hasta la muerte.

7. Si tuvieres riqueza sensible con esta persecución, aunque se trate de hermanos de sangre y de cualquier otra garantía, abandona toda posesión de esas cosas que es para mal, procúrate la paz en ti mismo, libérate de una gran persecución, vuélvete de todas aquellas cosas al Evangelio, elige antes que a todos al Salvador, que es abogado y consolador de tu alma, príncipe de la vida infinita.

8. *Porque las cosas visibles son pasajeras, y en cambio las invisibles, eternas (2 Co 4,18); ciertamente en el tiempo presente, todo es fugaz e inestable, pero en el siglo venidero hay vida eterna (Mc 10,30).*

XXVI. 1. *Los primeros serán últimos, y los últimos, primeros (Mc 10,31).* En verdad, esto contiene muchas cosas respecto al significado y a la explicación; sin embargo, en el momento presente no lo reclama la investigación, porque no solo se dirige a los que poseen muchas cosas, sino sencillamente a todos los hombres que han recibido la fe de una vez para siempre. Por ello, pues, no es tenido en cuenta ahora.

2. Pero pienso que lo que nos hemos propuesto se ha demostrado, que no es inferior a la promesa, y, miradas las riquezas y su posesión en sí mismas, el Salvador no ha excluido de la salvación, en absoluto, a las riquezas en sí mismas ni la abundancia de posesiones, si solo se puede y se quiere obedecer los mandamientos de Dios, si se prefiere la vida a las cosas temporales (cf. 2 Co 4,18) y si se mira al Señor con vista atenta, como quien mira la indicación de un buen piloto: qué quiere, qué manda, qué indica, qué señal da a los marineros, dónde y cómo es el lugar del amarre prometido.

3. ¿Qué injusticia comete uno, si reflexiona y considera que ha llevado una vida fácil antes de

abrazar la fe? O también, lo que es menos irreprochable, ¿si en el momento mismo en que Dios le da el alma, es instalado en casa de esos hombres ricos y es de linaje noble, influyente por sus riquezas y poderoso por su opulencia?

4. Porque, si por un nacimiento involuntario en medio de la riqueza es excluido de la vida, más bien recibiría una injusticia de Dios, que le ha hecho nacer, puesto que ha sido digno de una placentera vida pasajera, pero ha sido privado de una vida eterna.

5. Por tanto, en una palabra, ¿qué riqueza debería entonces alzarse de la tierra, si es compañera y protectora mortal?

6. Ahora bien, si alguien puede doblegar internamente el poder de las riquezas, pensar y ser sobrio con moderación, y buscar solo a Dios, respirar a Dios y ser conciudadano de Dios, ese se presenta pobre a los mandamientos, libre, invicto, sano e incorruptible ante las riquezas.

7. Pero si no es así, *antes entrará un camello por el ojo de una aguja que un rico alcance el reino de los cielos* (cf. Mc 10,25).

8. Ciertamente, puede que el camello signifique también algo más elevado, al pasar antes que el rico por un camino estrecho y angosto (cf. Mt 7,14), lo cual entraña un misterio del Salvador que hay que aprender en la *Explicación sobre los principios y la teología*.²

XXVII. 1. Aun así, hay que exponer en primer lugar lo que aparece en la parábola, y para qué fue dicha. Enseña ella a los ricos cómo no deben descuidar su salvación, como si ya fueran condenados de antemano, ni tampoco que hay que echar la riqueza al mar, ni condenarla como insidiosa y enemiga de la vida; sino que hay que aprender el modo y la manera de usar la riqueza y de poseer la vida.

2. Puesto que uno no se pierde del todo, si es rico con temor, ni tampoco se salva absolutamente por confiar y creer que se va a salvar, es necesario examinar qué esperanza les presenta el Salvador y cómo lo inesperado puede convertirse en garantía y lo esperado llega a ser poseído.

3. Así, entonces, preguntado el Maestro sobre cuál es el más grande de los mandamientos, dice: *Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma y con toda tu fuerza* (Mt 22,37; Mc 12,30; Lc 10,27); ningún mandamiento es más grande que ese, y con mucha razón.

² Parece que se trata de una obra de Clemente que no llegó hasta nosotros.

4. Porque también se refiere a lo que es lo primero y más grande, a Dios mismo, Padre nuestro, por quien han nacido y existen todas las cosas (cf. Rm 11,36) y hacia quien regresa de nuevo lo que se salva.

5. Por tanto, amados como hemos sido previamente por Él (cf. 1 Jn 4,19), y puestos por Él en la existencia, no sería digno tener nada por más venerable y estimado, retribuyendo con esa sola pequeña gracia a tan grandes beneficios, puesto que no tenemos ninguna otra cosa, en absoluto, que dar a cambio a Dios que no le falta nada y es perfecto (cf. Mt 5,48); pero amando así al Padre, alcanzamos la inmortalidad para la propia fuerza y poder. Porque cuanto más ama uno a Dios, también tanto más se introduce en la intimidad de Dios.

XXVIII. 1. Segundo en orden, y en nada inferior al primero, dice que es: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Mt 22,39; Mc 12,31; Lc 10,27; cf. Lv 19,18); y por consiguiente a Dios por encima de ti mismo.

2. Y su interlocutor le preguntó: *¿Quién es mi prójimo?* (Lc 10,29). Como creían los judíos, no propuso como prójimo al de la misma sangre ni al conciudadano ni al prosélito (cf. Lv 19,33), ni tampoco al circuncidado ni al que sigue una sola y la misma ley.

3. Sino que, por el contrario, conduce el discurso hacia un hombre que baja de Jerusalén a Jericó, y le presenta herido por salteadores, arrojado medio muerto sobre el camino, pasado de largo por un sacerdote, mirado con indiferencia por un levita, y compadecido por el samaritano, que era despreciado y segregado, el cual no pasó como los otros sin más, sino que dispuso dar auxilio al que estaba en peligro: vino, aceite, vendas, cabalgadura y dinero para el posadero, que ya le da y que además se lo promete (cf. Lc 10,29-37).

4. *¿Quién de éstos —dijo Jesús— fue prójimo para el que padeció las desgracias?* (cf. Lc 10,36). Y al responderle que el que mostró con él misericordia, entonces le dice, ve y haz tú lo mismo, ya que el amor produce la beneficencia.

XXIX. 1. Ciertamente, en ambos mandamientos nos propone la caridad, que solo la distingue en el orden, cuando asigna a Dios el primer puesto del amor, y el segundo lo atribuye al prójimo.

2. Pero, ¿qué otro puede ser ese samaritano fuera del Salvador mismo? ¿O quién, sino Él, ha tenido más piedad de nosotros, que hemos estado a punto de ser matados por los dominadores del mundo de las tinieblas (cf. Ef 6,12) con muchas heridas, temores, concupiscencias, iras, tristezas,

engaños y placeres?

3. Y el único médico de esas heridas es Jesús, que corta por completo de raíz las pasiones, no como la ley que corta las secuelas, los frutos de las malas plantas, sino que Jesús introduce su propia hacha hasta las raíces de la maldad (cf. Mt 3,10).

4. Él derramó sobre las heridas de nuestra alma el vino, la sangre de la viña de David (cf. Jn 15,1), y el que aplicó el aceite, la piedad de las entrañas del Padre (cf. Lc 1,78), y que abundantemente proveyó; Él mostró las ataduras insolubles de la salud recobrada y la salvación: la caridad, la fe y la esperanza (cf. 1 Co 13,13); Él ordenó con una gran recompensa a los ángeles, principados y potestades (cf. Ef 3,10), que estuvieran a nuestro servicio (cf. Hb 1,14), puesto que también ellos serían liberados de la vanidad del mundo durante la revelación de la gloria de los hijos de Dios (cf. Rm 8,19-21).

5. Así, por tanto, a Él hay que amar como a Dios. Pero ama a Cristo quien hace su voluntad y guarda sus mandamientos (cf. Jn 14,15).

6. *Porque no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre (Mt 7,21). Y ¿por qué me llaman: “Señor, Señor”, y no hacen lo que les digo? (Lc 6,46). Y Bienaventurados ustedes que ven y oyen lo que no vieron los justos ni los profetas (Mt 13,16-17), si hacen lo que digo (cf. Jn 15,14; 13,17).*

XXX. 1. Ciertamente, el primero es el que ama a Cristo, segundo el que honra y cuida de los que creen en Él. Porque lo que alguien hiciere a un discípulo, el Señor lo toma como hecho a sí mismo y lo hace totalmente suyo.

2. *Vengan, benditos de mi Padre, reciban el Reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me dieron de comer; tuve sed y me dieron de beber; era extranjero y me recibieron, estaba desnudo y me vistieron, enfermo y me visitaron, en la cárcel y vinieron a verme.*

3. Entonces le responderán los justos diciendo: *Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos extranjero y te recibimos, o desnudo y te vestimos? O ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y vinimos a verte?*

4. Y el Rey, en respuesta, les dirá: *En verdad les digo que cuanto hicieron a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicieron (Mt 25,34-40).*

5. Y de nuevo, en sentido opuesto, arrojará al fuego eterno (cf. Mt 25,41-45) a los que no hicieron eso, como que no se lo procuraron a Él.

6. Y en otro lugar dice: *Quien a ustedes recibe, a mí me recibe, y quien a ustedes no recibe, a mí me rechaza*” (Mt 10,40; Lc 10,16).

XXXI. 1. A estos los llama hijos (cf. Mc 10,24) y niños (cf. Jn 21,5), criaturas y amigos (cf. Lc. 12,4; Jn 15,14-15), y pequeños (cf. Mt 10,42) ahora, en comparación con la grandeza que tendrán después allá arriba en el cielo, diciendo: *No desprecien a uno de estos pequeños, porque sus ángeles están viendo siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos* (Mt 18,10).

2. Y en otra parte: *No temas, pequeño rebaño, porque su Padre ha tenido a bien darles el reino de los cielos* (Lc 12,32).

3. Por ello dice que el más pequeño en el reino de los cielos, es decir, el que es discípulo suyo, es mayor que Juan, el más grande de entre los nacidos de mujer (cf. Mt 11,11; Lc 7,28).

4. Y, de nuevo: *Quien recibe a un justo o profeta por el nombre de justo o de profeta recibirá la misma paga que ellos, y cualquiera que diere de beber a un discípulo, por el nombre de discípulo, un vaso de agua fresca, no perderá la recompensa* (Mt 10,41-42). Por consiguiente, esta es la única recompensa que no se ha perdido.

5. Y otra vez afirma: *Háganse amigos con las riquezas injustas, para que, cuando falten, los reciban en las moradas eternas* (Lc 16,9).

6. Ciertamente declara que es injusto, por naturaleza, toda riqueza que uno posee como algo propio y no lo pone al servicio los necesitados (cf. Hch 4,32), pero de esta injusticia es posible hacer una obra justa y salvadora: dar descanso a alguno de los que tienen una morada eterna junto al Padre.

7. Mira en primer lugar, cómo no te reclama que esperes a que se te pida ni se te moleste, sino que busques tú mismo a quiénes puedes beneficiar: los dignos discípulos del Salvador.

8. Ciertamente, también es hermosa la palabra del Apóstol: *Porque Dios ama al que da con alegría* (2 Co 9,7), al que se alegra cuando da y al que no siembra mezquinamente, para no cosechar también de la misma manera (cf. 2 Co 9,6), haciendo partícipes a los demás sin murmuración (cf. Flp 2,14), discriminación ni tristeza, lo que constituye una generosidad inmaculada.

9. Pero mejor que esto es lo dicho por el Señor en otro lugar: *Da a todo el que te pida* (Lc

16,30). Porque es propio de Dios esta clase de generosidad. Y de este modo está por encima de toda perfección la palabra de no aguardar a que alguien nos pida, sino ir nosotros en busca del que merece recibir un beneficio, y después determinar la recompensa tan grande de la participación, la morada eterna (cf. Lc 16,9).

XXXII. 1. ¡Oh bello negocio, oh mercado divino! Uno acumula inmortalidad con riquezas, y dando las cosas perecederas del mundo, recibe a cambio de ellas una mansión eterna en los cielos.

2. Si eres sensato, navega hacia esa asamblea solemne (cf. Hb 12,22), oh rico; y si fuere necesario, da la vuelta a la tierra entera (cf. Mt 23,15); no repares en peligros ni en penas, para que entonces compres el reino del cielo.

3. ¿Cómo te deleitan a ti piedras brillantes y esmeraldas, y una casa, pasto del fuego, juguete del tiempo, cosa accesoria de un terremoto o presa de un tirano?

4. Desea morar en los cielos y reinar con Dios; este reino te lo dará un hombre que imita a Dios. Al recibir aquí pocas cosas, allá arriba Dios te hará conciudadano por todos los siglos.

5. Suplica para que reciba; apresúrate, esfuérzate, teme que no te juzgue indigno; puesto que no te ha sido ordenado recibir, sino que tú ofrezcas.

6. Ciertamente el Señor ni siquiera dijo: «Da, ofrece, haz un beneficio o ayuda», sino *consigue un amigo* (Lc 19,9). Pero el amigo no se consigue por un solo don, sino por toda una costumbre y mucha frecuentación. Porque tampoco la fe, ni la caridad, ni la constancia de un solo día lo consiguen, sino *quien persevere hasta el fin, ese se salvará* (Mt 10,22; cf. Mc 13,13).

XXXIII. 1. Así, por tanto, ¿por qué el hombre concede esas cosas? Porque el Señor otorga, por causa del honor, la benevolencia y familiaridad para con el hombre: «Porque daré no solo a los amigos, sino también a los amigos de los amigos»³ (cf. Mt 25,34-40; Lc 16,9).

2. ¿Y quién es el amigo de Dios? No juzgues tú quién es digno y quién es indigno, puesto que es posible que te equivoques en la apreciación, ya que en la duda de la ignorancia es mejor hacer el bien también a los indignos, por causa de los dignos, antes que, al evitar a los menos buenos, pasar al costado de los honrados.

3 Estas palabras no son de la Escritura.

3. Porque ciertamente por economizar y aparentar examinar a los que están bien o mal dispuestos, es posible que tú te despreocupes de algunos amigos de Dios, cuya pena es el castigo del fuego eterno (cf. Mt 25,41). Pero en seguida, por repartir sin distinción entre todos los necesitados, es necesario que se encuentre alguno de los que pueden salvarte ante Dios.

4. Por tanto, *no juzgues, para no ser juzgado; con la medida que midieres también se te medirá* (Mt 7,1-2); *una medida buena, apretada, colmada y rebosante te será dada* (Lc 6,38).

5. Abre tus entrañas a todos los que se han inscrito como discípulos de Dios, sin apartar la vista con desprecio del cuerpo, ni considerando con indiferencia la edad, ni siquiera, si se te presenta alguien sin bienes, deforme o enfermo; por eso no debes irritarte en el alma ni cambiar de dirección.

6. Esa figura corporal es externa, puesto que la llevamos por motivo de la venida al mundo, para que pudiéramos entrar en la escuela común; sin embargo, por dentro habita el Padre escondido, y su Hijo (cf. Jn 14,23), que por nosotros murió y por nosotros resucitó.

XXXIV. 1. Esta figura corporal que se ve engaña a la muerte y al diablo, porque la riqueza y la belleza interiores son para ellos invisibles; y se ponen furiosos respecto a la carne, de la que sienten desprecio como cosa débil, puesto que son ciegos respecto a las riquezas interiores: no conocen cuán grande es *el tesoro en vaso de barro* (2 Co 4,7) que llevamos, fortificado con el poder de Dios Padre, con la sangre de Dios Hijo y con el rocío del Espíritu Santo.

2. Pero no te dejes engañar tú, que has gustado de la verdad y has sido digno de la gran redención; sino que al contrario de los demás hombres, recluta para ti un ejército sin armas, pacífico, incruento, sin ira, incontaminado: ancianos piadosos, huérfanos queridos de Dios, viudas armadas de mansedumbre, varones adornados con caridad.

3. Con tu riqueza consigue como guardianes para el cuerpo y para el alma a tales personas, y como estrategia a Dios; también por medio de ellos una nave que estaba punto de hundirse es aligerada, gobernada solamente por las oraciones de los santos, y una enfermedad en su momento crítico es dominada, expulsada por la imposición de las manos, y una incursión de bandidos queda desarmada, despojada por las oraciones piadosas, y la violencia de los demonios es destrozada, confundida por órdenes severas.

XXXV. 1. Todos esos son soldados y guardianes firmes; ninguno es ocioso, ninguno inútil. Ciertamente uno puede interceder por ti ante Dios; y otro puede animar al que está cansado; otro, llorar y gemir compasivamente por ti ante el Señor del universo; otro, enseñar algo provechoso para la salvación; otro, amonestar con confianza; otro, aconsejar con benevolencia; y todos, amar verdaderamente, sin dolo, sin miedo, con sinceridad, sin adulación ni engaño.

2. ¡Oh dulces servicios de los que aman! ¡Oh bienaventuradas diaconías de quienes obran llenos de confianza! ¡Oh fe pura de los que solo temen a Dios! ¡Oh verdad de las palabras en quienes no pueden mentir! ¡Oh hermosura de las obras en quienes se entregan al servicio de Dios: obedecer a Dios y a agradar a Dios; no imaginan adueñarse de tu carne, sino cada uno de su propia alma, ni de hablar con un hermano, sino con el rey de los siglos, que habita en ti (cf. 1 Tm 1,17)!

XXXVI. 1. Así, todos los creyentes son buenos, magníficos y dignos del nombre que se ciñen como una diadema. Sin embargo, hay ya algunos entre los elegidos que son más elegidos y tanto más cuanto menos notables; en cierta manera, arrastrando su nave fuera de la agitación del mundo y haciéndose a la mar con seguridad, no quieren parecer santos, y si alguien se lo llama, se avergüenzan, escondiendo en lo profundo del espíritu los misterios inefables y desprecian que su nobleza sea vista en el mundo; a estos les llama el Verbo *luz del mundo* (Mt 5,14) y *sal de la tierra* (Mt 5,13).

2. Esta es la semilla, imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26), y su hijo legítimo y heredero (cf. 1 Tm 1,2; Tt 1,4; Rm 8,17), que es enviado a la tierra como a una hospedería extraña por el gran designio y afinidad con el Padre.

3. Por eso también fue hecho todo lo visible y lo invisible del mundo; unas cosas para servicio de él, otras para su ejercicio, y otras para su instrucción; y todas las cosas se reunirán, cuando la semilla permanezca allá arriba, y una vez reunida la semilla, el hombre elegido, todo se disolverá rápidamente (cf. 2 P 3,10).

XXXVII. 1. En efecto, ¿qué se necesita aún? Considera los misterios de la caridad, y entonces contemplarás el seno del Padre, a quien solo el Dios Hijo Unigénito manifestó (cf. Jn 1,8).

2. Y Dios mismo es amor; y por amor a nosotros se hizo femenino. En su esencia inefable, es Padre; en su compasión por nosotros, se hizo Madre. El Padre, al amar, se hizo femenino: y la gran

prueba de ello es Aquel a quien engendró de Sí mismo; y el fruto del amor es el amor

3. Por eso también Él descendió al mundo, por eso se revistió de hombre, por eso sufrió voluntariamente lo humano, para que, medido según nuestra debilidad (cf. Hb 2,17; 4,15), a los que amó (cf. Jn 13,1), nos mida conforme a su propio poder (cf. Mt 7,2).

4. Y estando a punto de ofrecerse en sacrificio (cf. 2 Tm 4,6) y dándose a sí mismo como rescate (cf. Mt 20,28), nos deja un testamento nuevo: *Les doy mi amor* (Jn 13,14). ¿Cuál y cuán grande es este amor? Por cada uno de nosotros entregó su vida, equivalente a todo el universo. A cambio nos pide que demos esa misma vida nuestra unos por otros (cf. Jn 15,13).

5. Si debemos nuestras vidas a los hermanos y hemos acordado ese pacto con el Salvador, ¿todavía vamos a guardar como tesoros las cosas del mundo, lo miserable, extraño y que pasa de largo? ¿Vamos a excluir unos de otros las cosas que dentro de poco serán pasto del fuego?

6. Divina e inspiradamente dice Juan: *El que no ama al hermano es un homicida* (1 Jn 14-15), semilla de Caín (cf. Gn 4,17-24), retoño del diablo (cf. Jn 8,44), no tiene entrañas de Dios, no tiene esperanza de bienes mejores, es salvaje, estéril, no es sarmiento de la viña supra celestial siempre viva; es cortado y le espera el fuego que no cesa (cf. Jn 15,6).

XXXVIII. 1. Pero tú aprende *el camino por excelencia*” (1 Co 12,31), el que muestra Pablo para salvación: *La caridad no busca lo suyo* (1 Co 13,4-5), sino que se derrama sobre el hermano; por él se sobrecoge, por él se arrebatada con inteligencia.

2. *La caridad cubre muchedumbre de pecados* (1 P 4,8; Pr 10,2); *la caridad perfecta expulsa el temor* (1 Jn 4,18); *no es jactanciosa, no se engríe, no se complace en la iniquidad, sino que se congratula en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad nunca desfallece; las profecías se acaban, las lenguas cesan, las curaciones se quedan sobre la tierra. Pero permanecen estas tres cosas: fe, esperanza y caridad; pero la más grande éstas es la caridad* (1 Co 13,4. 6-8. 13).

3. Y con razón, ciertamente la fe se aparta, cuando estemos convencidos de ver a Dios con nuestros propios ojos. También desaparece la esperanza, una vez concedido lo esperado; pero la caridad entra en la plenitud y aumenta mucho más cuando se conceden las cosas perfectas.

4. Si uno introduce esta caridad en el alma, aunque haya sido engendrado en pecados (cf. Jn 9,34), aunque haya realizado muchas acciones prohibidas, aumentando la caridad y recibiendo una

penitencia pura, puede recuperar lo perdido.

5. Pero no dejes que esto te incite a la desesperación y desaliento, si también has aprendido quién es el rico que no tiene lugar en los cielos.

XXXIX. 1. Y de qué modo, sirviéndose de las cosas presentes y escapando del desprestigio de la riqueza y de su peligrosidad respecto a la vida, uno podría gozar de los bienes eternos. Pero si sucede que por ignorancia, por debilidad o por alguna circunstancia involuntaria, después de recibido el sello del bautismo y la redención, cae en algunos pecados o faltas, hasta el punto de estar absolutamente dominado, ese tal no está totalmente condenado por Dios.

2. Porque a todo el que de verdad se convierte a Dios de todo corazón se le abren las puertas, y el Padre recibe con los brazos abiertos al hijo verdaderamente arrepentido (cf. Lc 15,23-24). Pero el verdadero arrepentimiento es no someterse a los mismos pecados, sino en arrancar completamente del alma aquellos por los que uno se reconoció reo de muerte, puesto que una vez eliminados, Dios se establecerá de nuevo en ti.

3. Porque dice el Señor que el Padre y los ángeles tienen una alegría y fiesta grande e insuperable en los cielos, cuando un solo pecador se convierte y se arrepiente (cf. Lc 15,7. 10).

4. Por eso también ha gritado: *Misericordia quiero y no sacrificio* (Mt 9,13; 12,7; Os 6,6); *no quiero la muerte del pecador, sino la conversión* (Ez 18,23), y *aunque sus pecados fuesen como lana roja, los haré blancos como la nieve, y si fuesen más negros que las tinieblas, lavándolos los haré como lana blanca* (Is 1,18).

5. Porque solo Dios puede conceder el perdón de los pecados y no contabilizar las caídas (cf. Mc 2,7; Lc 5,21; 2 Co 5,19), puesto que también a nosotros nos exhorta el Señor a perdonar cada día a los hermanos que se arrepienten (cf. Lc 17,3-4).

6. Si nosotros, que somos malos, sabemos dar buenos regalos (cf. Mt 7,11; Lc 11,13), mucho más *el Padre de las misericordias* (Mt 7,11), el Padre bueno *de toda consolación* (2 Co 1,3), el lleno de misericordia y compasión (cf. St 5,11; Sal 86,5; Ex 34,6), que por naturaleza es muy longánime. Él aguarda a los que se convierten; y convertirse es realmente desistir de los pecados y no mirar más hacia atrás (cf. Lc 9,62; 15,11 ss.).

XL. 1. Ciertamente, Dios concede perdón de las cosas acontecidas anteriormente, pero de las

que suceden después, cada uno se lo da a sí mismo. Y esto es arrepentirse, el censurarse por las cosas pasadas y pedir perdón de ellas al Padre, que es el único entre todos capaz de hacer inútil lo que se ha realizado, perdonando los pecados anteriormente cometidos con la misericordia que de Él procede y con el rocío del Espíritu.

2. *Porque los juzgaré en las acciones en que los encuentre* (Ez 33,20), dice la Escritura, y por cada una de ellas grita el fin de todo.

3. De manera que a quien ha cumplido las cosas más grandes durante la vida, pero al fin cae en la maldad, le resultan inútiles todas las fatigas precedentes: deviene incapaz de seguir el desenlace del drama; y a quien por el contrario ha vivido antes peor y con languidez, es posible que después, una vez convertido, venza el mal comportamiento de largo tiempo con el periodo posterior a la conversión.

4. Pero se necesita una gran atención, así como los que están cansados corporalmente por una larga enfermedad, necesitan de una dieta y curación mayor.

5. Ladrón, ¿quieres obtener el perdón? No robes más. Adúltero, no te abrases más. Fornicador, sé puro en adelante. Saqueador, restituye y da de más. Testigo falso, practica la verdad. Perjuro, no jures más. Corta también las otras pasiones: ira, concupiscencia, tristeza, miedo, para que te encuentres en el éxodo de la vida ante el adversario, ya liberado de las cosas anteriores.

6. Ciertamente, es imposible eliminar igualmente de una vez las pasiones habituales, pero con el poder de Dios, la súplica humana, la ayuda de los hermanos, el arrepentimiento sincero y cuidado continuo, se arrancan de raíz.

XLI. 1. Por eso es totalmente necesario que tú, altanero, poderoso y rico, te pongas al cuidado de un hombre de Dios como maestro y guía. Respétalo, aunque sea a él solo; témelo, aunque sea a él solo; procura escucharlo, aunque sea a él solo, pues habla con franqueza, y al mismo tiempo que es rudo, también cura.

2. En efecto, tampoco aprovecha a los ojos permanecer sin castigo durante un tiempo, sino también derramar lágrimas e irritarse, cuando sea para una mayor salud.

3. Así también, no hay nada más funesto para el alma que un placer ininterrumpido; porque se cegará por la disolución, si permanece inmóvil ante un discurso pronunciado con franqueza.

4. Teme tú también a ese hombre airado; lámentate, cuando esté angustiado (cf. Hb 13,17);

respeto al que pone fin a la ira, y adelántate al que rechaza el castigo.

5. Esa persona pasa muchas noches en vela por ti, haciendo de embajador tuyo ante Dios (cf. Hb 13,17) e intercediendo con súplicas continuas al Padre, porque Él no se opone a sus hijos cuando imploran su compasión.

6. Y rezará con pureza por ti, si es estimado como un ángel de Dios y no es afligido por ti, sino en favor tuyo. Esta es la conversión sin hipocresía.

7. *De Dios nadie se burla* (Ga 6,7), y no presta atención a palabras vacías; porque Él solo juzga los riñones y el corazón y oscuridades del corazón; cf. Hb 4,12; Jr 17,10; Sal 7,10; Ap 2,23), escucha a los que están en el fuego (cf. Dn 3,13-30), oye a los que suplican en el vientre del cetáceo (cf. Jon 2,1-11), está cercano a todos los que tienen fe y se aleja de los ateos, a no ser que se conviertan.

XLII. 1. Pero para que tú, verdaderamente así arrepentido, pongas confianza en permanecer en la conveniente esperanza de la salvación, escucha un relato que no es una fábula, sino un suceso real sobre el apóstol Juan, transmitido y custodiado por la memoria (cf. Eusebio de Cesarea, Historia eclesiástica, III,6-15, que transmite la misma historia).

2. Porque, una vez muerto el tirano,⁴ Juan se trasladó desde la isla de Patmos (cf. Ap 1,9) a Éfeso; iba llamado también por las regiones paganas vecinas, donde establecía obispos, donde ponía en armonía a todas las iglesias, donde nombraba clérigos a alguno de los señalados por el Espíritu.

3. Al llegar entonces, también a una ciudad no lejana, de la cual algunos también conocen el nombre,⁵ y después de confortar a los hermanos en todas las otras cosas, viendo a un joven (cf. Mt 19,20) de cuerpo robusto, de aspecto agradable y de alma ardiente, mirando de frente al obispo que presidía a todos los demás, dijo: «Yo te lo confío a este con todo cuidado, la Iglesia y Cristo son testigos». Y una vez que el obispo hubo aceptado y garantizado todo, Juan de nuevo insistía en las mismas palabras y apelando a los mismos testigos.

4. Después Juan regresó a Éfeso, y el presbítero recibió al jovencito que se le entregaba y lo llevó a casa, lo alimentó, lo tenía consigo, lo cuidaba (cf. Ef 5,29) y por último lo bautizó (cf. Hb

4 El emperador Domiciano, quien murió el 18.09.96.

5 ¿Será Esmirna?

6,4)). Después de estas cosas disminuyó el mayor cuidado y la vigilancia, como que le había confiado al perfecto guardián, al sello del Señor.

5. Al joven, que había recibido la independencia antes de tiempo, se le acercaron algunos coetáneos ociosos y disolutos, habituados al mal; y en primer lugar lo sedujeron mediante banquetes suntuosos, y después lo llevaron consigo de noche para robar, después también trataron de hacerlo cómplice en alguna cosa más importante.

6. El joven poco a poco se iba acostumbrando y, por la fuerza de su naturaleza, se apartó del camino recto, como un caballo desbocado, vigoroso y que, incluso mordiendo el freno, se precipitaba mucho más en los abismos.

7. Y, finalmente, habiendo desesperado por completo de la salvación de Dios, ya no pensaba en cosas pequeñas, sino que hizo algo grande, y puesto que estaba perdido de una vez por todas, decidió experimentar lo mismo que los otros. Tomando consigo otras personas y formando en una banda de ladrones, se convirtió en el decidido jefe de la banda, el más violento, el más sanguinario y el más temible.

8. Pasó el tiempo y al sobrevenir una necesidad, volvieron a llamar a Juan. Y este, después de haber dispuesto las cosas relativas a su llegada, dijo: «¡Ahora, ánimo, obispo» Devuélveme el depósito que Cristo y yo te hemos confiado en presencia de la Iglesia que presides y eres testigo».

9. El obispo en primer lugar se desconcertó, pensando que era acusado falsamente de unas riquezas que no había recibido, y no podía devolver aquello que no tenía ni dejar de confiar en Juan; pero como Juan le dijo: «Reclamo al muchacho y el alma del hermano», el anciano, gimiendo profundamente y llorando, dijo: «Aquél ha muerto». «¿Cómo y de qué muerte?». «Ha muerto para Dios —dijo—, porque se ha hecho un malvado, un perdido y, en una palabra, un salteador y ahora se ha apoderado del monte que está frente a la iglesia con unos mercenarios semejantes a él mismo».

10. El apóstol rasgó el vestido y, golpeándose la cabeza, con un gran gemido, dijo: «Buen custodio del alma del hermano dejé; pero que se me prepare un caballo y alguien me sirva de guía para el camino». Y desde allí, tal como estaba, partió de la iglesia.

11. Al llegar al lugar, es capturado por la guardia de los salteadores, y no huye ni suplica, sino que grita: «He venido por esto, condúzcanme ante su jefe».

12. Este, mientras tanto, como estaba armado, aguardó, pero como reconoció a quien se

acercaba, a Juan, sintiendo vergüenza, se dio la vuelta y huyó. Juan lo perseguía con todas sus fuerzas, olvidado de su propia edad y gritando:

13. «¿Por qué, hijo, huyes de mí, que soy tu padre, indefenso y viejo? Ten piedad de mí, hijo, no temas; tienes todavía esperanzas de vida. Yo hablaré con Cristo dando cuentas por ti (cf. Hb 13,17); si fuere necesario, sufriré voluntariamente por ti la muerte, como el Señor por nosotros; por ti daré a cambio mi vida. ¡Detente, ten fe! Cristo me ha enviado».

14. El joven, al escucharlo, primero se detuvo, mirando para abajo, después arrojó las armas, luego, temblando, lloraba amargamente (cf. Mt 26,75; Lc 22,62); abrazó al anciano que se acercaba, defendiéndose con gemidos como podía y dejándose bañar una segunda vez por las lágrimas, ocultando únicamente la mano derecha.

15. Y Juan le salió fiador, jurando que había alcanzado el perdón del Salvador para él, rezando, arrodillándose y besando aquella misma mano derecha como purificada por la conversión, lo condujo a la iglesia, y rezando con abundantes oraciones, acompañándole en la lucha con continuos ayunos, seduciendo su mente con variados discursos atractivos y, como dicen, no se marchó de allí antes de haberlo restituido en la iglesia, dando un gran ejemplo de verdadera conversión y grandes señales de regeneración, trofeo de una regeneración obrada por la conversión.

15a. Los hombres que persisten en el mal prohibido, serán violentamente golpeados por los ángeles que sobrevendrán del costado izquierdo; y serán echados fuera atados con pesadas cadenas, conducidos por un espíritu al fuego eterno (cf. Mt 25,41). Entonces en vano y sin fruto muchos se arrepentirán. Los demonios los llenarán de injurias y de epítetos apropiados: fornicarios, asesinos, adúlteros, avaros, ávidos, ladrones. Porque se hicieron merecedores de los frutos de la penitencia, ellos no podrán mirar el rostro de los ángeles del lado izquierdo, ni tocarlos, ni acercarse a ellos.

15b. Pero los otros serán alabados y abrazados por los ángeles del lado derecho, que los acompañarán con gran alegría, dando gracias al cielo y sobre todo al Salvador...

16. Con alegría radiante, con caras espléndidas, cantando himnos, descubriendo los cielos. Delante de todos el Salvador mismo, el primero en ir al encuentro dando la mano derecha, ofreciendo una luz sin sombra, sin descanso, mostrando el camino hacia las entrañas del Padre (cf. Jn 1,18), hacia la vida eterna, hacia el reino de los cielos.

17. Quien crea estas cosas y confíe en los discípulos de Dios y en la garantía de Dios, con

profecías, evangelios y palabras apostólicas; quien vive cerca de esas cosas, presta los oídos, y las pone por obra, en el momento mismo de la partida verá el cumplimiento y la demostración de las verdades creídas.

18. Porque quien aquí en la tierra haya escuchado y aceptado al ángel de la conversión, no podrá convertirse entonces, cuando abandone el cuerpo, ni se avergonzará, cuando vea que el Salvador se acerca con su gloria y ejército: no teme al fuego. Pero si alguien elige permanecer siempre en pecado por motivo de los placeres y prefiere las delicias de aquí abajo a la vida eterna y, dándole el Salvador el perdón, se da la vuelta, no hay que responsabilizar a Dios, ni a la riqueza, ni a su caída, sino a su misma alma, que se pierde voluntariamente.

19. Pero a quien mira la salvación y la desea y solicita con insistencia (cf. Mt 7,7; Lc 11,8) y con fuerza (cf. Mt 11,12), le concederá la verdadera purificación y la vida inmutable el Padre bueno (cf. Mc 10,18) que está en los cielos.

20. A Él, por medio del Hijo, Jesucristo, Señor de vivos y de muertos (cf. Rm 14,9), y por medio del Espíritu Santo, sea la gloria, el honor, el poder, la eterna majestad, ahora y en las generaciones de las generaciones, por los siglos de los siglos. Amén (cf. Rm 16,27; Ef 3,21; 1 Tm 1,17).

0-0-0-0-0-0-0

Fuente:

Se ha seguido el texto publicado en

<http://www.abadialostoldos.org/patristica/obras-padres-iglesia-266> y ss.

Y comparado con el de

<https://www.newadvent.org/fathers/0207.htm>

Adaptación y presentación realizada por

Luis Mariano Salazar Mora